

## Un viaje para olvidar

1

Seudónimo : xime

Estaba feliz porque había llegado al Puerto de Valparaíso, iba a la Isla Juan Fernández. Me presenté ante el Capitán Juan Astete Jaramillo como Eloíso Pinzón Ventura. Él se veía muy nervioso mirando su reloj, me contó que era su primer viaje de su empresa naviera.

Su uniforme se veía lustroso de bien planchado, las líneas del pantalón finamente terminadas, con zapatos negros y brillantes, su camisa era blanca. Todo lucía casi nuevo. Era de mediana estatura, con bigote cano. Me llamó mucho la atención que tenía un ojo verde y otro azul pensé irónicamente que era porque con uno vigilaba el mar y con el otro el cielo.

Cinco minutos antes de zarpar vi acercarse a una mujer delgada, pelirroja, cuando estaba cerca mi corazón trotaba de alegría al darme cuenta que era Sandra Dueñas Perales, mi ex compañera de cuarto medio en Talca en el año 1974, recuerdo que tuvimos un hermoso romance justamente en ese curso.

Le hice un ademán para hacerme notar, pero al parecer no me reconoció (hacían veinticinco años que no cruzábamos miradas) cuando se dio cuenta terminamos en un fuerte abrazo, entonces me preguntó ¿Qué hacía ahí?, le contesté que iba a Juan Fernández, sonrió porque viajaríamos juntos.

El Capitán luego de saludarla amablemente nos invitó a que abordáramos la embarcación. Habían tres camarotes enumerados en la parte baja, a Sandra le correspondía el 1 a mí el 2, al Capitán y cocinero Bastías el 3, todos daban a un hall central que estaba alineado con el baño y la cocina.

Dejamos el equipaje en los camarotes mientras el Capitán nos informaba que iba a zarpar, nos miramos, luego pregunté por los demás pasajeros, el respondió que éramos los únicos y bajamos a ordenar nuestras cosas.

No ausente de tristeza comencé a recordar el último año en el Liceo, nuestro amor era un jardín florecido, nos preparábamos para la Prueba de Aptitud, ahí iba todo bien hasta que se nos ocurrió formalizar nuestra relación y le pedí a Sandra que cenáramos con sus padres. Cuando la luna recién dominaba la noche llegué a su casa, ella me recibió y enseguida me presentó a sus padres, cenamos y al terminar me despedí muy contento.

En la mañana en el Liceo, Sandra se veía intranquila, evasiva, me contó que tuvo problemas con su padre, porque se opuso a nuestra relación amenazándola de no pagarle sus estudios de arquitectura en Santiago, le había dicho: "Con ese apellido que tiene tu prometido no tienen ningún futuro". Con mi apellido Pinzón nunca había tenido problemas.

Ya en la embarcación me preparaba para ir al camarote de Sandra, cuando sentí el sonido de zarpe, me di cuenta que se trataba de un barco de madera vieja, su pintura retocada, con máquinas bulliciosas y de pequeña eslora.

La tripulación eran el Capitán y su ayudante que hacía de cocinero y aseo, navegaríamos dos días. Sandra traía muchos álbumes de fotografías, le ayudé a ordenar sus cosas en su camarote, después nos pusimos a charlar y escuchar una radio de Sandra. Aquella mañana me mostró una foto de Jacinta su hija única de veinticinco años.

Después en cubierta presenciábamos el mar, volaban las aves queriendo lucir su plumaje primaveral y el sol nos benefició con su brillo llenando de vida el paisaje, el agua del mar se veía cristalina con peces que nos saludaban desde el fondo, el viento se presentó con una suave brisa que recorrió nuestros ilusionados rostros. El Capitán con su flamante uniforme lucía una sonrisa permanente que hacía contraste con el movimiento pendular del timón, en fin esos primeros momentos fueron maravillosos. Una vez reunidos en el camarote de Sandra, ella miraba fotos vehementemente, como si cada una de ellas le recordara algún instante muy especial en su vida, escuché en radioemisora "Valparaíso al Instante " el informe meteorológico que rezaba que llovería en la tarde como a las cuatro, Sandra continuaba mirando fotos con mayor emoción y cambiaba la expresión de su rostro por cada una de ellas. Alrededor de las cuatro de la tarde se puso a llover con mucha fuerza azotando la embarcación. Pasaron algunas horas y la lluvia parecía haberse perdido en lo profundo del mar y el sol antes del ocaso nos invitaba nuevamente a contemplar su esplendor, en esos momentos aparece el Capitán en mi camarote preguntando si he visto la proa, asombrado le dije "que no" él replicó "Se ha perdido la proa " ¿qué voy hacer ahora? Fui donde estaba Sandra para explicarle lo sucedido, de ahí fuimos a buscar la proa perdida, en instantes concluimos que las nubes y el oleaje conspiraron con nuestro viaje y que tal pérdida no existía sino que la lluvia la había encogido hasta hacerla desaparecer. El Capitán después de cavilar rascándose la frente por debajo de su gorra en segundos nos encontró la razón.

Conversaba con Sandra mientras ella ojeaba sus álbumes con más intensidad que la vez anterior realizando los mismos gestos .Mientras la oscuridad tomaba posesión en el mar se largó a llover, eran pequeñas gotas que fueron creciendo. De madrugada cuando terminó la lluvia subimos a cubierta, el Capitán estaba en medio del barco sentado y con la cabeza a dos manos horrorizado comentaba:

” Creí que el ingeniero bromeaba al decir que el barco estaba bien, pero se encogería con el agua de lluvia”. Enseguida escuchamos en radioemisora “Valparaíso al Instante” que las precipitaciones se prolongarían por toda la semana. Ahí nuestras vidas se fueron a lo más profundo del mar, Sandra y el Capitán se pusieron a llorar ,nuestra única esperanza era que el informe fuera un error.

En la mañana el sol se vistió esplendoroso, estuve con Sandra en su camarote, ella miraba aún con más ansiedad, pasaban fotos y fotos por sus azules ojos. Me explicaba tal y cual situación por cada mirada, en fin. Creíamos que no llovería porque las nubes se aglutinaron armoniosamente, después se fueron liberando gotas de lluvia, débiles, luego crecieron con furia hasta transformarse en temporal, a esa hora el Capitán y cocinero se habían hospedado en la cocina. Por el ruido del mar y la lluvia, ella nuevamente viajaba hacia el mundo de sus fotografías.Una vez que cesó la lluvia subimos a cubierta para ver el barco y horrorizados nos dimos cuenta que el hall del centro había partido hacia la eternidad y solo le quedaba el pasillo que unía la cocina y baño, El Capitán desde la cocina gritaba:

“Estamos a la deriva, este barco se achica cada vez más y más”. Quedamos solamente con la mitad del barco.

Ese día abnegados a nuestra suerte, con Sandra nos cobijamos en su camarote, el Capitán y cocinero lo hicieron en la mía. En instantes se largó a llover nuevamente, al salir de nuestros refugios la cocina ya se había ausentado para siempre de esta alocada travesía.

A sugerencia de Sandra todos nos aglutinamos en el baño, porque no es de madera y no se encogería, Sandra se aferró tiernamente a sus álbumes de fotografías.

En la tarde estábamos en el baño flotando en el medio del mar, a la deriva, vi los desorbitados ojos del Capitán uno verde y otro azul como dos globos de cumpleaños que se alzan al cielo, se confundían con el oleaje, de fondo un hermoso arcoíris, él Capitán gritaba angustiosamente:

“ Pásenme las llaves del baño, debo cerrarlo; no vaya a ser que nos encontremos con otros naufragos y estos quieran utilizar los servicios higiénicos ”.

FIN